Lima: Instituto Cultural Runa. 2005, 110 pages

Isabelle Druc. *Producción cerámica y etnoarqueología en Conchucos. Ancash-Perú*

Gabriel Ramón

Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bifea/5037>

DOI: 10.4000/bifea.5037

ISSN: 2076-5827

Editor

Institut Français d'Études Andines

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 2005

Paginación: 480-485

ISSN: 0303-7495

Referencia electrónica

Gabriel Ramón, « Isabelle Druc. *Producción cerámica y etnoarqueología en Conchucos. Ancash-Perú* », *Bulletin de l'Institut français d'études andines* [En línea], 34 (3) | 2005, Publicado el 08 diciembre 2005, consultado el 01 diciembre 2020. URL : <http://journals.openedition.org/bifea/5037> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/bifea.5037>

Les contenus du *Bulletin de l'Institut français d'études andines* sont mis à disposition selon les termes de la licence Creative Commons Attribution - Pas d'Utilisation Commerciale - Pas de Modification 4.0 International.

1. Cada mes se desbarra —al menos— un vehículo de transporte colectivo en la sierra norte peruana. Durante el verano costeño y las ubicuas festividades patronales, estos accidentes fatales se multiplican. Más que cualquier elucubración teórica, este detalle explica la distribución geográfica de las ciencias sociales peruanas, específicamente de la etnografía alfarera¹. Cuando la movilidad en la sierra norte era a pie o lomo de bestia (v.g. Middendorf, Raimondi, Tschudi y por lo menos hasta el último Tello) los investigadores iban de-pueblo-en-pueblo y por varios meses. El ferrocarril y el auto agilizaron la conexión de puntos distantes propiciando otro tipo de aproximación: siguiendo la ruta de Litto (1976) es evidente que ella y su familia siguieron la entonces flamante panamericana. Algo parecido había sucedido con Spanhi (1966), por mencionar otro hito de la etnografía alfarera local. Estos límites cronológicos no son absolutos: hubo personajes como Sabogal (1978; 1982), quien en los setenta emprendió una odisea etnográfica por pueblos remotos de la sierra septentrional. Una forma de disminuir riesgos viales ha sido estudiar un pueblo en profundidad y luego generalizar los resultados.

Precisamente ha sido la cuestión del transporte lo que ha generado fenómenos como el «síndrome Chulucanas»: cada vez que un arqueólogo interesado en el norte peruano decide ostentar la camiseta etnográfica escoge pueblos próximos a la panamericana (v.g. Chulucanas, Simbilá, Mórrope, entre otros). En un inicio esto sentó las bases de la disciplina (recuerdo —y los arqueólogos usan— los trabajos de Christensen [1955], Collier [1959], Camino [1982], Banks

¹ A esto se agrega la violencia político-militar, en lo que no me detendré. Menciono el caso más conocido: durante la década del ochenta prácticamente todos los antropólogos y arqueólogos extranjeros que trabajaban en la sierra peruana debieron interrumpir sus proyectos de campo. Druc inició su experiencia etnográfica en Ancash luego de este periodo.

[1985], entre otros). Sin embargo, el problema está en convertir estos casos en el *presente etnográfico generalizado* para el norte peruano. Es precisamente aquí donde reside el mérito de partida del brevísimo libro de Isabelle Druc: ha estudiado la producción alfarera contemporánea en una región antes no frecuentada. Su segundo aporte es la caracterización preliminar de las técnicas alfareras del callejón de Conchucos meridional. Los pueblos tratados son Acopalca, Yacya, Chinlla y Mallas, con fugaces referencias a otras localidades en la misma área, e información comparativa propia sobre el callejón de Huaylas (Taricá). Aunque la arqueóloga no aclara sus objetivos específicos, el formato del texto sugiere que su interés reside en relacionar esta información etnográfica con el pasado arqueológico. Es a partir de esta interrogante que será comentado².

2. El libro se inicia con el marco geográfico-geológico (pp.13-17) e histórico (pp. 19-33). La sección etnográfica central (pp. 35-89) concluye con reflexiones sobre el alcance arqueológico de la investigación realizada (pp. 91-94), y dos apéndices (95-103).

2. 1. Al brindar el panorama geográfico, la autora usa las observaciones del clásico Pulgar Vidal, aunque curiosamente —tratándose de un texto etnográfico— no las contrasta con los testimonios de la población local entrevistada, que podría tener —y en el caso concreto de Conchucos *tiene*— una nomenclatura distinta de sus zonas ecológicas (v.g. la zona «suni» no existe en el vocabulario de la región). Esquemas generales como los de Pulgar Vidal carecen de sentido en aislamiento, han sido duramente criticados y existen alternativas como la de Tosi (1960) y es justamente la experiencia local lo que permitirá perfeccionarlos.

2. 2. La sección histórica es atractiva ya que además de proponer el típico recuento diacrónico general, se explora la presencia de alfareros en la zona, usando información colonial publicada: esto provoca que principalmente discuta el Callejón de Huaylas, no Conchucos. En tal sentido cabe plantear un problema común en los trabajos de etnografía alfarera: ¿para qué introducir una aproximación histórica?: a. para postular continuidades o cambios (enfoque diacrónico) o b. como «generalidades» en un estudio sincrónico. Aunque Druc no menciona la importante discusión alrededor del *Direct Historical Approach*, asume la existencia de continuidades:

«En resumen, el impacto de la conquista inca de Conchucos sobre la producción cerámica se estima de importancia menor». (p. 30)

Para caracterizar un cambio (o continuidad) debemos definir los extremos, concretamente aquí habría que contrastar las evidencias arqueológicas disponibles sobre producción cerámica. No se han publicado datos de *un* solo taller alfarero prehispánico o de las herramientas alfareras correspondientes en la sierra de Ancash, ni se ha estudiado el *estilo técnico* de vasijas arqueológicas del área, por tanto esta afirmación de Druc —cierta o falsa— carece de sustento.

Entre muchos científicos sociales perdura la costumbre de ignorar la impronta colonial (e inca) y plantear continuidades *a priori* con el pasado prehispánico más remoto debido a que el cambio hace necesario un mayor esfuerzo interpretativo (v.g. comparar las vasijas etnográficas locales con el corpus cerámico hispánico)³. Uno de los casos históricos más significativos en Ancash es el pueblo denominado Olleros (Recuay) sobre el que Druc afirma que *no fue* un centro de producción alfarera (p. 24). Ya que no se ha podido identificar artesanos en actividad, es necesario recurrir a la historia. *Primero*: todos los otros ejemplos documentados de pueblos con tal denominación (v.g. San Bartolomé de los Olleros [Piura], Santo Domingo de los Olleros [Lima]) han sido centros alfareros (que podrían tener —o no— antecedentes prehispánicos). *Segundo*:

² En la presentación del libro (Lima, noviembre 2005) los ponentes advirtieron que este libro no era de etnoarqueología, pese a su título. Prefiero asumir que hay múltiples definiciones del término, pero que todas apuntan a la relación etnografía-arqueología a través del estudio de la cultura material.

³ Todavía no existe arqueología colonial en el Perú, que permitiría acabar con la tendencia a «prehispanizar» lo etnográfico. Las tesis doctorales de Arguedas (1968) y Estenssoro (2003) iluminan ante los peligros de asumir continuidades obviando la presencia ibérica.

el censo de 1876 (que como toda fuente estadística debe ser tratado con suma cautela) registra 193 alfareros en el distrito de Recuay (que incluye el pueblo de Olleros) (1878, I: 161). Aunque este recuento demográfico muchas veces no menciona alfareros en pueblos hoy conocidos por la práctica de tal actividad, nunca sucede lo contrario. Un indicio valioso sobre los efectos de la presencia inca en Ancash es la «Visita de Rodrigo Hernández Príncipe a Recuay (1622)» (citado por Druc) que incluye una sección sobre olleros mitimaes «traídos a esta tierra de otras partes para camayos y olleros». (Duviols, 2003: 763)

Un par de elementos clave de la sección histórica son el mapa étnico (p. 26) y el cuadro de comunidades alfareras (p. 32). Ya que se trata de herramientas maniobradas toscamente por los arqueólogos, es necesario hacer algunas observaciones. El mapa está basado en la información incluida en León (2003) y un artículo inédito. León y Druc *asumen* las divisiones étnicas y su «espacio geográfico», nunca las demuestran⁴. El mapa es un caso actual de «tradiciones inventadas» y presenta incoherencias flagrantes. Así, «el grupo étnico Siguas» que ocuparía (ivaya coincidencia!) el territorio de la «actual provincia de Siguas» (León, 2003: 459) ha desaparecido en el mapa reproducido por Druc (p. 26). Ella insistirá en estas divisiones étnicas al discutir las implicancias de la distribución de las técnicas alfareras (pp. 88-89).

El cuadro de las comunidades alfareras (p. 32) —eje de la sección «Producción cerámica actual en Ancash»— se basa en la conocida lista de Ravines (1989). Este texto es tan utilizado simple y llanamente porque se trata del más accesible, aunque hay otros como el de Krzanowska (1983) —elaborado con criterios más uniformes. Por la gran cantidad de errores que contiene, el listado de Ravines puede servir *sólo* como referencia muy preliminar y siempre debe ser contrastado con fuentes alternativas. El texto de Druc es un paso positivo para corregir las limitaciones de la lista de este incansable pionero de la etnografía alfarera: los datos de Druc contradicen los de Ravines.

2. 3. El núcleo del libro es la presentación y discusión de la evidencia etnográfica recogida por la autora desde 1991. Como sus publicaciones lo demuestran, Druc (1996; 1998; 2000; 2001; *inter alid*) estuvo inicialmente interesada en el estudio de la caracterización petrográfica de las vasijas actualmente producidas y las prehispánicas (una acertada crítica a su enfoque en Kaulicke, 2000). El texto aquí comentado marca un trance ya que ahora Druc enfatiza en la descripción del proceso productivo. Esto tal vez se deba a que como ella ha indicado anteriormente, y reconoce aquí (pp. 91-92, 101-102) es difícil obtener resultados significativos con los estudios de composición aislados: ya que en ciertos casos los alfareros de diferentes pueblos comparten fuentes de material (como sucede con Yacya y Acopalca), el examen de los productos finales sugeriría una falaz procedencia común de las vasijas⁵. Basándose en la técnica de producción Druc reconoce dos grupos básicos en el sur de Conchucos: las mujeres al extremo meridional (Yacya, Acopalca y Mallas) y los hombres al norte (Chinlla). El primero caracterizado por la presencia de la «tilla» (plato de alfarero) con pedestal y el «cuchillo» (también conocido como «callhua» en la zona) (figuras 14, 31) y el segundo por la «tilla» llana y la paleta. Esta última se asemeja incluso a la técnica de sus vecinos inmediatos de Conchucos (Uchusquillo, Allpabamba y Llumpa) y a la del otro lado de la cordillera blanca: Taricá y Pariahuanca (callejón de Huaylas). A su vez los alfareros de los pueblos de Conchucos tienen en común el uso de «shashal», mientras que los de Huaylas no lo aprovechan.

La descripción técnica del proceso y de las herramientas es bastante incidental, no se percibe la presencia de un cuestionario básico (como los de Rye, 1981; Hagstrum, 1989 o Gosselain,

⁴ León (2003: 458) propone que contrapondrá las «definiciones provisionales» de macroetnia de Rostworoski (1991) con «la realidad de las etnias del Callejón de Conchucos». La historiadora considera como criterios para definir una macroetnia, la unidad: a. de origen y creencias, b. de lengua o dialecto, c. de atuendo, d. sociopolítica. León no incluye los tres primeros en su idea de «realidad».

⁵ Este reciente interés en el proceso productivo estaría reflejado en la calidad del registro gráfico correspondiente. Las fotos de las herramientas (figuras 14, 31, 46) y los dibujos de las vasijas (figuras 17a, 28) son de antología.

2002). Estas deficiencias se dejan sentir cuando se compara la técnica de Chinlla con el denominado «paleteado» de la costa del extremo norte peruano: se trata de conjuntos de herramientas formalmente distintas (v.g. estos no usan plato de alfarero y el yunque es una piedra), y además la paleta cumple tareas distintas: en Simbilá (Piura), Sinsicap (La Libertad) o Huacaday (La Libertad) sirve para «formar» la vasija, golpeándola con fuerza. Por ello las paletas son mucho más gruesas (en términos relativos y absolutos) que aquellas de Chinlla y Uchusquillo. En estos últimos casos la paleta sólo interviene luego de elaborada una forma básica con los otros instrumentos, y permite «afirmar» las paredes. En términos panorámicos: si los etnógrafos interesados en el proceso productivo no establecen distinciones claras en los conjuntos de herramientas (al estilo de la arqueología histórico-cultural) se propondrán generalizaciones que obvian diferencias fundamentales para trazar la distribución geográfica de las técnicas que *a posteriori* pueden ser comparada con mapas de distribución de otros rasgos culturales (lenguas, vestimenta, técnicas textiles, etc.). Sólo entonces comenzará a esbozarse la discusión sobre límites étnicos (en etnografía y arqueología).

El título del libro alude a «Conchucos» en general, pero el espectro geográfico de las entrevistas se reduce a algunos casos al sur del callejón. Considerada la relativa escasez de alfareros en actividad por caserío (6 en Yacya, 8 en Acopalca, 12 en Chinlla, 0 en Mallas), se podría justificar la tendencia a «generalizar» las entrevistas, es decir convertir testimonios individuales en patrones. Sin embargo ¿cómo hace la autora para convencernos de que los individuos interrogados *en detalle* (raramente más de uno en cada caserío) constituyen casos representativos? Druc no se ha planteado este problema fundamental de la etnografía y la narración académica en general: Aniceta Ocaña y su familia (Yacya), María Espinoza (Mallas), Helena Yacuash (?) (Acopalca) y Lucio Vega (Chinlla) acaban convirtiéndose en sinónimo de sus caseríos. Como toda fuente, el testimonio oral también debe ser sometido a análisis y crítica. La heterogeneidad de las declaraciones es importante, especialmente si se insiste en explorar la variabilidad. La calidad del material presentado por cada pueblo varía bastante, en orden decreciente: Yacya, Acopalca, Chinlla, Mallas. Sintomáticamente los méritos de la descripción se correlacionan con la calidad del material fotográfico del proceso productivo: para Yacya hay una hermosa secuencia casi completa (ojo: la foto 25 es anterior a la 24), mientras que en el resto de los casos el material es paupérrimo. Baste un ejemplo: sabido es que los alfareros producen en serie (ver la secuencia de Aniceta Ocaña), sin embargo el par de fotografías sobre Lucio Vega en Chinlla (figuras 43, 44) nos advierte de un acontecimiento clásico en etnografía: uno llega justo cuando el alfarero no está produciendo ollas y entonces debemos pedirle que nos «haga una demostración». Este tipo de representaciones tiene sus bemoles, y en todo caso la autora debió informar al lector al respecto. En Acopalca lo que parece ser un interesante caso de trabajo simultáneo de alfareras (figura 32) ha sido mutilado. El caso de Mallas es aún más extremo ya que se trata de una explicación «en seco» es decir básicamente verbal. Esta variedad cualitativa de los testimonios sobre producción no ha sido procesada y el lector se queda con un sabor a desorden.

Las secciones sobre procesamiento de materias primas, quema y distribución de las vasijas son prometedoras pero no han sido desarrolladas. En el último caso (distribución) la mención de una serie de lugares no ayuda al lector ajeno al área, un mapa con los puntos de intercambio sería ideal. Lo que sorprende es que si Druc ha realizado investigaciones etnográficas en el área desde 1991 y además de fotografiar ha filmado a los alfareros, ¿qué pasó?: ¿los olleros estaban siempre en la chacra? o ¿nos tiene una sorpresa y ha reservado lo mejor de su información para una futura publicación?

El libro cierra con dos apéndices. El primero dedicado a los términos en quechua y castellano referidos a la alfarería. Se trata de un elemento guía, aunque sin rigor lingüístico elemental; y esto se proyecta al texto en general, rebotante de errores ortográficos, de redacción y «neologismos» (v.g. «corolarmente», «reenforzando», «producieron»). La conexión del último apéndice (análisis petrográfico) con el resto del libro es críptica.

3. En síntesis, Druc asume que «ya conocemos el pasado», es decir que existe un marco de referencia claro y consensual de la historia ancashina y se apoya a-críticamente en la evidencia publicada (arqueológica, etnográfica, histórica), lo cual resta precisamente donde ella debería sumar. La autora haría bien en discutir sus valiosos resultados puntuales con el resto de investigaciones confiables sobre la zona, con un mejor contexto etnográfico y tratar de vincular su obra a discusiones (arqueológicas, etnográficas y/o etnoarqueológicas) más amplias.

Acabo indicando que me he detenido en toda esta puntillosa (e incompleta) serie de críticas porque el texto de Druc las amerita. Y, especialmente, porque la etnografía es fundamental para afinar nuestra interpretación (teórica y empírica) de los talleres alfareros prehispánicos. Una reedición Runa (corregida y aumentada) sería bienvenida.

Gabriel RAMÓN

Referencias citadas

- ARGUEDAS, J., 1968 – *Las comunidades de España y el Perú*, 354 p.; Lima: U.N.M.S.M.
- BANKES, G., 1985 – The manufacture and circulation of paddle and anvil pottery on the north coast of Peru. *World Archaeology*, **17**: 269-277.
- CAMINO, L., 1982 – *Los que vencieron al tiempo. Simbilá, Costa Norte. Perfil etnográfico de un centro alfarero*, 139 p.; Piura: CIPCA.
- CENSO, 1978 – *Censo General de la república del Perú, formado en 1876*. V. 1, 801 p.; Lima: Imp. del Teatro.
- CHRISTENSEN, R. T., 1955 – Una industria moderna de cerámica en Simbilá, cerca de Piura, Perú. *CHIMOR, Boletín del Museo de Arqueología de la Universidad de Trujillo*, **III**: 25-32.
- COLLIER, D., 1959 – Pottery stamping and molding on the North Coast of Perú. In: *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas*, II: 421-431; San José, 1958.
- DRUC, I., 1996 – De la etnografía hacia la arqueología: aporte de entrevistas con ceramistas de Ancash (Perú) para la caracterización de la cerámica prehispánica. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, **25**: 17-41.
- DRUC, I., 1998 – *Ceramic Production and Distribution in the Chavin Sphere of Influence (North-Central Andes)*, 121 p.; Oxford: B.A.R.
- DRUC, I., 2001 – ¿Shashal o no shashal? esa es la cuestión. Etnoarqueología cerámica en la zona de Huari, Ancash. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, **30**: 157-173.
- DUVOLS, P., 2003 – *Procesos y visitas de idolatrías: Cajatambo, siglo XVII con documentos anexos*, 882 p.; Lima: IFEA-PUCP Fondo Editorial.
- ESTENSSORO, J.C., 2003 – *Del paganismo a la santidad*, 586 p.; Lima: IFEA, IRA.
- GOSSELAINE, O., 2002 – *Poteries du Cameroun méridional*, 254 p.; Paris: CNRS Éditions.
- HAGSTRUM, M., 1989 – *Technological continuity and change: ceramic ethnoarchaeology in the Peruvian Andes*, 487 p.; Tesis de doctorado U.C.L.A.
- KAULICKE, P., 2000 – Reseña al libro de I. Druc «Ceramic Production and Distribution in the Chavin Sphere of Influence (North-Central Andes)» 1998. *Boletín de arqueología PUCP*, **3**: 442-444.
- KRZANOWSKA, R., 1983 – Peruwianska ceramika ludowa. *Etnografia Polska*, **XXVII**: 173-201.
- LEÓN, M., 2003 – Espacio geográfico y organización de los grupos étnicos en el Callejón de Conchucos: Siglos XVI–XVII. In: *Arqueología de la sierra de Ancash: Propuestas y perspectivas* (Ibarra, B., ed.): 457-466; Lima: Runa.
- LITTO, G., 1976 – *South American Folk Pottery*, 223 p.; New York: Watson-Guptill Publications.

- RAVINES, R., 1989 – Principales comunidades y centros alfareros del Perú. In: *La cerámica tradicional del Perú* (Ravines, R. & F. Villiger, eds.): 45-57; Lima: Editorial los Pinos E.I.R.L.
- RYE, O., 1981 – *Pottery Technology. Principles and reconstruction*, 150 p.; Washington, D.C.: Taraxacum.
- ROSTWOROWSKI, M. , 1990 – Las macroetnias en el ámbito andino. *Allpanchis*, **35-36/1**: 3-28.
- SABOGAL, J., 1978 – *Siete sitios cerámicos en la región de Piura*, 47 p.; Lima: Ministerio de Trabajo/ Ministerio de Industria.
- SABOGAL, J., 1982 - *La cerámica de Piura*, 2 vols.; Quito: IAAP.
- SPANHI, J.-C., 1966 – *La cerámica popular del Perú*, 131 p.; Lima: Peruano-Suiza.
- TOSI, J., 1960 - *Zonas de vida natural en el Perú*, 271 p., Lima: Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la OEA. Zona Andina.
- .